



Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2 50; Semestre, 5
Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de
Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demas principales.

UNIÓN REPUBLICANA

DESPEJEMOS LA INCÓGNITA

La lucha empeñada en el seno del republicanismo español, entre los jefes, por una parte, especialmente los Sres. Pi y Margall y Salmerón, y por otra inmenso número de republicanos de todas procedencias, va adquiriendo extraordinarias proporciones. Cuál sea la causa del mal que nos ha conducido á tan penosa situación, y cuál su eficaz remedio, problema es que afecta á todos los españoles amantes de su patria, comenzando por los que aspiran á implantar en ella el régimen republicano. Su solución incumbe á los hombres pensadores; pero los de menos talla debemos también manifestar nuestras modestas ideas acerca del asunto, por si pueden servir para hacer pensar á aquellos: y á este fin van dirigidas las presentes líneas.

¿Que piden los republicanos? ¿Que rechazan los jefes, y á quienes asiste la razón en tan extraña contienda?

—Queremos, dicen aquellos, LA UNIÓN REPUBLICANA: mas por UNIÓN—nótese bien—no entendemos una simple COALICIÓN, ni eso que se ha llamado *concentración de fuerzas*, ni otras parecidas locuciones.

Hay que desechar las palabras ambiguas, buenas tan sólo para eludir indefinidamente una cuestión y para justificarla algunas veces. Esos pactos, ó convenios para perseguir algún fin común, determinado y concreto, que celebran á veces los partidos políticos afines, y se denominan *coaliciones*, suponen necesariamente diversidad de pactantes, pluralidad de entidades independientes entre sí, y no pueden, sin gran impropiedad, ser considerados como *unión*. Lo que queremos y pedimos con este nombre de UNIÓN REPUBLICANA es la organización en un solo partido de todos los correligionarios españoles: es la disolución—al menos por ahora—de las fracciones existentes, ilegal y prematuramente establecidas: y queremos hacer constar acentadamente este sentido en que usamos la palabra *unión*, distinto siempre del de *coalicción*, para evitar argumentos como el que ya ha sido formulado, diciendo el Sr. Pi: «¿Qué unión, ni qué vano empeño? ¡Ya tuvisteis unión en 1886, y también la habéis tenido en 1893, habiendo sido una y otra completamente estéril!» Conformes estamos, desde luego, en eso de la esterilidad; y aun entendemos que sucederá lo propio siempre que con *coaliciones* se aspire á los efectos de una unión verdadera; porque entre uno y otro concepto media un abismo, semejante en este caso al que existe entre lo *uno* y lo *múltiple*, entre la *variedad* y la *unidad*. Ni para un fin accidentalmente común y pasajero puede ser aplicable el mismo modo de concurso que para otro fin principal y permanentemente común á multitud de asociados. Lo que no se explica, sin admitir motivos de interés muy especial, es que quién sabe perfectamente lo que es unión y *coalicción*, las confunda, sin embargo, para afirmar que el remedio pedido por la inmensa mayoría de los republicanos españoles, fué ya experimentado una y dos veces como inútil. Lo que efectivamente ha declarado por dos veces la experiencia ser modo inútil de llegar á la República, son las desdichadas *coaliciones*. ¡La *unión* se empleó una sola vez con éxito brillantísimo! ¿Quién no recuerda el entusiasmo y el brío de aquel gran Partido Republicano Español que surgió

en la revolución de Septiembre, y fué la admiración de naturales y extranjeros, tanto por sus doctrinas y conducta, verdaderamente democráticas, como por la incontrastable fuerza de su número, de su cohesión y disciplina? ¿Quién no recuerda la prontitud con que supo levantarse en armas en 1869, como si hubiera sido un solo hombre? Y ¿quién ha olvidado la facilidad con que subió al poder en alas de tan brillantes condiciones? Ahí está la Historia cantando la epopeya del pueblo republicano cuando camina unido á conquistar sus ideales.

Y ¿qué beneficios han traído las fraccioncitas actuales? Hay mutación de escena. Allí todo era unidad, virtud, y prácticas democráticas. Aquí todo es desanión, personalismo, y egoístas conveniencias. Por aquel camino llegamos al pináculo: por este vamos derechos á la muerte, arrastrando una existencia miserable, histérica, impotente!

El paso por el gobierno fué funesto al partido; y el golpe de Pavía lo dejó desconcertado y maltrecho para tiempo. Separóse Castelar en las postrimerias de aquellas Cortes, formando el posibilismo. Salmerón tardó poco en hacerlo para ingresar en las filas de Zorrilla, como segundo jefe progresista. Quedaron los señores Pi y Figueras; pero aquel trabajo cuanto pudo por arrojar el segundo del partido; y á este fin no dándole otros medios resultado, resucitó la malhadada doctrina del pacto sinalagmático, exagerando sus tintas: doctrina contra la cual no pudo menos de tomar actitud resuelta aquel ilustre patricio; naciendo de aquí las dos fracciones de *orgánicos* y *pactistas*. Otro buen puñado de federales amigos de don Francisco, ex-diputados, ex-senadores y personas ilustradas, que no transigieron con el pacto, se apartaron de aquél, no para agregarse á las filas de Figueras, sino para formar un núcleo independiente entre ambos jefes, núcleo que tuvo la prudencia de no querer organizarse por estar siempre en aptitud de servir de lazo al antiguo partido federal, si éste quería alguna vez reorganizarse sin los adjetivos de *pactista* ni de *orgánico*. Entre estos independientes figuraban hombres como Cala, Fernando Garrido, León Merino, Navarrete, Emigdio Santa María, Domingo Pinedo, Carrasco, García Moreno, y algunos más, como el autor de estas cuartillas, que son conocidos todavía, los que viven, con el nombre de *republicanos sueltos*. Así se formaron las diversas fracciones del antiguo gran Partido Republicano Español, á las que recientemente se ha agregado el *Centralismo*, por separarse del partido progresista el Sr. Salmerón y sus adictos.

Reinaba en la política republicana un personalismo marcadísimo. Al organizarse aquellas desmembraciones, se hacían las convocatorias con desnudez incorrecta. Se citaba, v. gr., para tal ó cual día, *¡a los partidarios del Sr. Pi y Margall!* Las consecuencias de semejante política son las que estamos viendo: descrédito y desconsideración por todas partes, y otras complicaciones más sensibles.

Los tres jefes—y ya es preciso decirlo, aunque nos duela, porque quisiéramos no tener más que elogios para ellos—no han sido en su gestión directiva muy afortunados. Apesar de sus innegables dotes de ciencia y de elocuencia, perdieron en poco tiempo la República, no habiendo sabido ¡en veinte años! recobrarla. Y cuenta que alguno de ellos ha gozado altos prestigios entre jefes militares, que tam-

poco se han sabido utilizar. Distanciarnos cada vez más del ideal querido; hacérselo irrealizable. merced á ese fraccionismo... (si vale esta palabra)... bueno tan sólo para halagar vanidades, pero infundido para todo fin en que la unión total sea necesaria; enervarnos, y cubrirnos de lamentable desprestigio, es todo cuanto han logrado esos señores. Abrid los ojos, republicanos españoles: fijaos en este triste espectáculo, y recoged las enseñanzas que contiene. No faltará, después de todo, quien excomulgue á los que protestéis, ú os desvíeis una línea de tan torcida marcha, y se os calificará de *tránsfugas* y de *indisciplinados*; cargos que merecen contestarse, pero en otro artículo.

Volviendo al tema de hoy, ¿cómo han de querer la unión los jefes, ni los subjes de las distintas fracciones, si en pos de ella, ó simultáneamente, debería venir la disolución de tan injustificados grupos, y lo que sería mas doloroso (para ellos) la de sus respectivas jefaturas? El antiguo partido, modelo de organización y disciplina, no fué nunca dirigido por un Presidente, ó jefe unipersonal. Esto habría sido un rasgo impropio de la virilidad de aquellos hombres, que no hubieran consentido esa fealdad. Los que clamaron siempre: *¡abajo las jefaturas hereditarias!* *¡fuera los poderes permanentes!*, no hubieran tolerado un caudillaje unipersonal é inamovible, ofensivo, puede decirse, al pudor republicano democrático. Pero hoy son otros tiempos y otros hombres. Los vicios de la Monarquía lo corrompen todo, y muestras de esta contaminación en nuestro campo bien pudieran señalarse dentro y fuera de Madrid. Las jefaturas y altas posiciones del partido excitan la vanidad y la codicia de los nuestros casi con igual vehemencia que entre políticos monárquicos. Es verdad que esos codiciados puestos sólo ofrecen dulce engrandecimiento, por ahora; (hay excepciones); pero también alimentan confortadoras esperanzas para el día de mañana. En todo caso, los señores jefes no supieron rehusar su singular jefatura: debilidad, bajo otro aspecto que, si fuera censurable, tan culpables de ella serían, ó tal vez menos, los mismos agraciados, que los munidores ó procuradores de tan egregios puestos, y también los demás republicanos, que no hemos tenido la entereza de protestar contra semejante corruptela.

Pero el cargo más grave que contra aquellos señores puede formularse, es el de haber producido y mantener todavía esos cuatro organismos fragmentarios, nefanda mutilación cada cual de ellos, de la gran familia republicana española, y bajo tal concepto, creaciones ilegales, monstruosas y altamente antipatrióticas. A mayor abundamiento, esas fracciones han estado en constante alejamiento unas de otras, cuando no se han combatido con mayor rudeza que á sus naturales adversarios, los monárquicos. Sorprende tan estúpida y prolongada aberración, sin que, en la apariencia al menos, ni jefes, ni soldados se hayan apercibido del absurdo; y no se ha de menester gran perspicacia para verlo claramente.

¿Con qué autoridad, ni con qué aptitud conocería v. gr. el Sr. Salmerón de los asuntos del grupo federal; ó el Sr. Pi y Margall de los que atañen á la fracción progresista? Con ninguna: es evidente; porque ninguno de esos señores tiene representación fuera del respectivo grupo que le haya conferido sus poderes. Por esta misma razón, cualquiera de los jefes

fraccionistas y todos ellos reunidos, carecerían de atribuciones respecto á los asuntos generales del republicanismo español. No hay representación, ni en jefe, ni en directorio alguno, del partido nacional. ¡Y esto, porque no lo consideran conveniente los mismos señores aludidos, que son en la cuestión... interesados! ¡Oh soberanía del pueblo republicano, ahogada por el endiosamiento de los pocos, ayudado por el servil rebajamiento de los muchos!... ¿Hasta cuando dejarás hollados tus nobles fueros, y convertidos en tus amos los que ni el honor siquiera han recibido de ser tus mandatarios? Es inaudito y de lo más inverosímil lo que pasa entre nosotros. El organismo principal de la República, el único interesante á todos los republicanos, ha sido sacrificado por los que mayor deber tenían de crearlo y darle vida. ¡Por esto no hay unidad republicana, no hay representación total! No se quiere el hogar común de todos, ni tampoco que haya en nadie facultades para tratar de la aspiración más viva de todo el republicanismo; para traer la República, prepararle su triunfal entrada y asentarla inmediatamente sobre los fundamentos más sólidos!

Las razones para tal conducta deberían ser poderosísimas. No hay ninguna, sin embargo. Las pocas alegadas carecen totalmente de valor; pronto vamos á verlo. Pero hay dos, que se callan con cuidado, y son las únicas de tanta perturbación y tanta anomalía: la incompatibilidad de caracteres, y el deseo de conservar las jefaturas y altos puestos. Sólo se puede ser jefe singular, tratándose de una fracción; y aun esto, por las circunstancias referidas. Del partido todo entero, podría aspirarse, cuando más, á un puesto en el Directorio. Pero no se renuncia á ser cabeza segura de ratón por la probable eventualidad de ser cola de león. ¿Quién se resigna, siendo Pi, v. gr. ó D. Manuel, lo mismo que siendo D. Emilio, si éste estuviera en juego, á no mandar en absoluto, y á tener que contar con la aquiescencia de D. Nicolás, por ejemplo, ó D. Francisco? Semejante contrariedad sería demasiado sacrificio para hombres acostumbrados mucho tiempo á ver respetado, sin discusión ni examen, su criterio. Alguno tal vez preferiría jubilarse, como el jefe del posibilismo; porque á la vejez son las innovaciones poco apetecidas, y menos si el movimiento es de descenso. Esto no lo dirán ellos mismos; que ciertas aspiraciones y ciertos móviles no salen de su fuero interno; pero tampoco es necesario, pues con los hechos y el auxilio de la lógica, pueden formarse juicios bastante aproximados á lo cierto.

Veamos ya lo que alegan los señores jefes para rechazar la unión republicana. La revolución es imposible, nos ha dicho el Sr. Pi. No hay dinero; no hay jefes militares, ni soldados. Vana disculpa, replicamos nosotros. De todo eso se ha podido disponer, y aún en cierta medida, se ha dispuesto; mas la conducta de nuestros egregios directores ha sido todo lo adecuada para enagenarnos casi completamente tales medios. No queremos pasar revista á esa conducta de unos y de otros, por que ni amamos el oficio de censor, ni hoy nos hemos propuesto tocar otro capítulo que el relativo á la unión republicana, examinando muy á la ligera algunos tan sólo de sus múltiples aspectos. ¿Piensa acaso el Sr. Pi que ese general, que imaginaba, de vigorosa inteligencia, noble ambición y fogoso arranque, que igualmente, y aun más que en otros países, pudiera surgir entre nosotros, querría poner su espada al servicio del ya exiguo grupo federal, ó de cualquiera de los otros? ¿No teme que el héroe imaginado se quedara más frío que la nieve, al encontrar—en lugar del gran partido de 1869, compacto y bien disciplinado, dirigido por hombres modelo de abnegación, desinterés y patriotismo—cuatro desmoronados fragmentos de aquel organismo inolvidable, y mucha masa republicana, desprendida de los unos y los otros, que suspira en vano por volverse á organizar en toda regla? ¿Quién asegura á los jefes que ese general no ha intentado ya acercársenos, y que no nos ha vuelto las espaldas, antes de anunciarse, por haber observado las anomalías y el desorden que reina entre nosotros?

Y el desorden aumenta; el clamoreo por la unión sube de punto; el desmoronamiento de todas las fracciones continúa con creciente rapidez. Las autoridades progresistas, sin embargo, hacen saber que la unión republicana es imposible: el Sr. Pi y Margall lo escucha batiendo palmas, después de haber declarado *eccathedrá* que es engañar al pueblo decirle que dos y dos son cuatro, ó sea, que la revolución se retrasa por estar los republicanos desunidos; y que no debe haber, ni es posible, más unión que de federales entre sí; y el Sr. Salmerón, por último, no se atreve á desistir de su repetido tema: que el fraccionamiento es necesario por eso que ha dado en llamar LAS DIFERENCIACIONES. ¡Magnífico panorama! ¡edificante espectáculo! Y siempre esta característica nota: Los jefes y subjes, oponiéndose á la terminante vo-

luntad del pueblo republicano. Y ¡vivan la democracia, y el purísimo amor á la República!

Y ¿qué es eso de las diferenciaciones, si el Sr. Salmerón nos lo permite? Ello tiene los aires de un argumento ametrallador, irresistible, en contra de la unión republicana, y hasta el expresarse con una sola palabra—LAS DIFERENCIACIONES,—hace temer si tendremos enfrente la rúbrica de alguna teoría de intrincada metafísica, superior al alcance de nuestro pobre entendimiento. ¿Se quiere significar con el vocablo aludido que dentro del género República, no caben juntas las especies *centralista* y *federal*, ó la *federal* y *progresista*, ó cualesquiera de ellas, por sus grandes diferencias, que exigen organizaciones separadas? Si es esto lo que se ha discurrido para contrarrestar una aspiración incontrastable, el sentido común se basta para contestar el argumento; veámoslo desde luego: Las diferencias son esencialmente necesarias para que pueda haber especies; y las especies, por numerosas que sean, y por grandes que sus diferencias aparezcan, se dan todas—absolutamente todas—en el género; es decir, que en el género REPÚBLICA hay sitio holgado para todos los republicanos, sea grande, ó grandísima, a diferencia que quiera suponerse entre cualquiera fracción y las restantes. La homogeneidad, ó igualdad de género, que cobija necesariamente á todas las especies y á todos los individuos, basta para que, respecto al fin común, ó aspiración de todos, pueda y deba constituirse el organismo necesario, con su representación legítima, que tenga á su cuidado excogitar y adoptar todos los medios conducentes á aquel fin. Ya hemos visto que este organismo... (que es la unión que se pide)... falta en los republicanos, que carecen por lo tanto de la representación debida para sus fines generales. Pero estos, por cuanto son comunes á todas sus especies é individuos, son primeros y más fundamentales que los respectivos á esta ó estotra especie, lo cual quiere decir, que la organización de los grupos especiales sin estar hecha previamente la total, y sin la subordinación de aquella á ésta, es una infracción del orden político-social, una perturbación profunda, que dificulta y entorpece, si es que no impide por completo, la realización del ideal republicano. Veinte años de experiencia del régimen fraccionista comprueban esta verdad, y reducen á la nada el decantado argumento de las diferenciaciones. ¿Quién no comprende—por tibia que sean sus luces—que en esta terrible lucha de los géneros República y Monarquía, las especies todas de cada cual de ellas, ó sean las diferencias, deben desaparecer, hasta el momento, cuando menos, en que, acabada la guerra, y no habiendo ya peligro para el género triunfante, puedan aparecer las diferencias de especie contra especie?

Hemos podido añadir, que esas tan notables diferencias entre fracción y fracción republicana, son más hipotéticas que reales y electivas. Son exageraciones del temor y del deseo; y el Sr. Salmerón, progresista ayer con D. Manuel Ruiz Zorrilla, y federal antes de ayer con D. Francisco, sin mengua ni malestar de su conciencia, es una prueba de la afirmación que hacemos; y otra prueba de que esas diferencias, más ó menos importantes, pueden permanecer llamadas hasta el día del triunfo de la República, ó más bien hasta el siguiente de estar constituida bajo las debidas garantías, la misma historia nos la ofrece. Aquel gran partido que llegó hasta el poder—pero en el cual no supo conservarse por haber aparecido prematuramente las divisiones de familia, surgidas antes de tener Constitución;—aquel partido, decimos, apesar de llamarse federal (el nombre aquí es lo de menos), llevaba en sus entrañas todos los gérmenes y todas las diferenciaciones que hoy existen, salvo las jefaturas singulares que hasta después no brotaron.

Los programas progresista y centralista dejan muy indeterminadas las aludidas diferencias. Sólo el señor Pi y Margall y sus amigos los pactistas, como medida previosora, digna de ser imitada por la organización total republicana, hicieron en Zaragoza un proyecto de Constitución, en el que no tomaron parte ni los orgánicos, ni los federales independientes citados más arriba, por ser asamblea pactista. Y es de tener en cuenta este radical carácter, porque si hubieran intervenido los federales restantes, fácil es que el proyecto se hubiese aproximado más á las aspiraciones centralistas, y también á las del famoso manifiesto de 1.º de Abril y aclaraciones posteriores de Biarritz, en que, á vuelta de mil ambigüedades, se afirmaba claramente que el partido progresista quería una República *ni federal ni unitaria*; frase que significa mucho en boca de los progresistas, que veían el pacto con todos sus peligros y desastres, en donde quiera que sonaba el adjetivo *federal*. Su unión con los Salmeronistas, antiguos federales, y la más reciente con federales orgánicos, hace esperar que, modificada un tanto aquella susceptibilidad por su contacto y unión con unos y otros federales, y una vez desaparecidas las

exageraciones del pactismo, no sea difícil un programa común sobre las bases que aceptamos todos de *libertad, democracia, república, autonomías* hasta el límite que se acuerde en transacción patriótica; y *reformas sociales*, inmediatas unas, y á preparar las otras para el más breve plazo. El indicado proyecto constitucional de todos los republicanos garantizaría la pronta consolidación de las instituciones nuevas, y evitaría otra caída prematura, como la de 1873.

Desgraciadamente los vientos que corren no son favorables. Tenemos división y por consiguiente monarquía para rato. Esa funesta ambición de conservar las jefaturas, es el mejor auxiliar de la caduca monarquía. Recogemos el fruto de la política personal de apasionados egoísmos, que, á la manera de enfermedad infecciosa, acometió al partido después de su caída del poder. La insistente lucha, á cuyo estudio hemos consagrado este trabajo, no es más que la prolongada crisis de tan grave dolencia; y su resolución favorable, que deberemos principalmente al patriotismo de los jefes, del que, después de todo, no dudamos, será la organización única de todos los republicanos, la cual, lejos de considerarse como una fracción más, según han pretendido algunos, será, por el contrario, la disolución de todas las fracciones, que volverán al seno de la unión de la que fueron parto prematuro, y una monstruosidad no viable.

Así despejamos nosotros la incógnita representada por la actual situación republicana.

D. SANCHEZ YAGO.

ANDE EL MOVIMIENTO

El documento anterior estaba destinado á aparecer en *El Ideal*. A la circunstancia de haber suspendido el batallador colega su publicación hasta 1.º de Enero, se debe el que vea la luz en *EL MOTIN*; en caso contrario, lo hubiésemos tomado del colega, por venir á confirmar la campaña que venimos haciendo.

En ese documento cumple el Sr. Sánchez Yago con el que fué siempre un deber en todo demócrata: emitir claramente su opinión en asuntos políticos, doblemente en momentos como los actuales, en que todo es confusión, caos, en las fracciones republicanas. Si todos los hombres de importancia en el partido tuviesen el honrado valor que él, de hacer públicas sus opiniones sin preocuparse más que del bien de la República, no podrían los jefes sostener por mucho tiempo la desunión suicida que con tanta perseverancia como daño vienen sosteniendo.

Libertad, democracia, república, autonomías hasta el límite que se acuerde en transacción patriótica, y *reformas sociales* inmediatas unas, y á preparar las otras para el más breve plazo, esto cree el Sr. Sánchez Yago que podría unir á los republicanos.

Y efectivamente, esto bastaría si el personalismo no estuviese tan arraigado, y si hubiese en todos la abnegación que predicamos sin practicarla. Sin embargo, tal se pudieran poner las cosas para los jefes, que se vieran obligados á hacer por fuerza, so pena de anularse, lo que no han querido hacer por su propia iniciativa ni de buena voluntad.

A las opiniones de Vallés y Ribot, dignas de tenerse en cuenta por el puesto que ocupa en el partido federal, favorables á la unión republicana, hay que añadir las que ha hecho el señor D. Vicente E. Miquel, jefe de los federales alicantinos.

Unase á ellas, y á las anteriormente formuladas por varios hombres y agrupaciones importantes en varios puntos de España, las manifestadas terminante y explícitamente por los miles de republicanos congregados el 17 de Noviembre en el *meeting* del teatro del Príncipe Alfonso; agréguense á todas las de un hombre de la significación del Sr. Sánchez Yago, y digáenos si, como antes manifestamos, no pudiera muy bien ocurrir que los jefes se viesan precisados á pesar suyo á llegar á la unión verdad, sin imposiciones ni humillaciones para nadie.

Para esto se necesitaria que los republicanos importantes diesen su opinión y trabajasen porque manifestaran todos la suya en sus localidades respectivas, á ver si el impulso resultaba tan grande y la opinión tan decidida, que no tuviesen los tres jefes otro remedio que someterse á la voluntad del pueblo.

Los momentos son á propósito. Cumplamos los de abajo con nuestro deber, y los de arriba no tendrán otro remedio que cumplir con el suyo.

Y si no cumplieren, la democracia tiene procedimientos que aplicarles para que se convenzan de que no son jefes de derecho divino.

Tiempo es ya de decirlo claro:

Si los jefes siguen imponiéndose, será por que los de abajo carecemos de energía como hombres, y de dignidad como demócratas.

JOSÉ NAKENS.



Si veis con sus educandos
al piadoso preceptor
caminar tan decidido
de esa señorita en pos,
no penséis que del pecado
le estimula el aguijón,
que es, por el contrario, el celo
de sus pasos impulsor.
De prestarles fortaleza
aprovecha la ocasión
contra el encanto del vicio
y de la virtud en pró;
pues la castidad, les dice,

alcanza gloria mayor
que esquivándola medrosa,
venciendo á la tentación.

UN CASO ENTRE MIL

Lo publica en nuestro querido colega *Las Dominicales* y está escrito por el honrado patriota capitán Lagier, en esta forma:

«Un capitán amigo mio, llamado D. Agustín Ronda, casó con una buena moza del pueblo de Altea. Vivían en Villajoyosa, por lo que allí llamaban á ella «la alteana.»

Esta joven fué seducida por su confesor, sacerdote de mucho prestigio en la población, tanto por su riqueza como por el dominio natural del que viste con disfraz. Tenía ya la referida un hijo del esposo Ronda, y abandonó al hijo y al marido por servir al padre Miguel.

Al regresar de un viaje el dicho capitán, se vió tan atrevido y afligido, que tomó al hijo, que ya era grandecito, y se lo llevó al pueblo de Aguilar, en poder de algún pariente. Si el hijo del capitán Ronda está aún en el mundo y lee esta carta, sepa que estoy vindicando la honra de su buen padre y compadezco á su desgraciada madre, víctima de la inmoralidad del celibato.

Pasemos, pues, adelante.

Maria la alteana, ama del «pare Miguel» tuvo dos hijas, que según la pública opinión eran del padre de almas, y el marido capitán murió de pesadumbre en un viaje á Montevideo. Se acostó en el camarote, no quiso tomar alimento y se dejó morir. Para que comprendáis el dolor moral que este hombre sentía al verse engañado por su mujer y el cura, es preciso que sepáis que los marinos, especialmente el marino mercante, son los hombres que más aman á sus esposas é hijos, y esto se comprende. Al vernos en aquella soledad del Océano, en las noches de calma, claras y serenas, contemplando el maravilloso espectáculo de la creación, al recuerdo de los seres que nos aman y nos esperan se dilata nuestro corazón henchido de sensibilidad y ternura: la navegación á vapor ha borrado la poesía del marino. El hombre que no ha experimentado el amor, la emoción amorosa en la vida del mar, no puede comprender lo que yo estoy ahora narrando.

Crecieron las niñas referidas, dos lindísimas jovencitas, como que su madre era una real moza y el padre capellán un bizarro mocetón. ¿Qué se hicieron estas hermosísimas criaturas? Os lo diré.

Había en Villajoyosa una maestra alcahueta (si os ofende la palabra diremos una madre Celestina). Esta buena Celestina era muy ducha en el oficio, que había aprendido en Orán y Argel.

Las hijas del padre Miguel fueron á parar á manos de la «Navarra»: este era el nombre de la alcahueta ó como queráis llamarla. Tenía esta mujer muy buenas relaciones en París por el tiempo que ejerció en Orán el tráfico de vender carne humana é inocente.

Mandaba yo en aquél entonces el vapor nombrado el *Alicante*, de la compañía López, marqués de Comillas, y llevé de pasaje á la «Navarra» y las dos niñas, que contaban doce y trece años de edad. ¿Cuánto dinero ganaría la «Navarra» con aquellas niñas?

No lo sé; pero es lo cierto que al regresar de París, sin las niñas, me compró la «Navarra» una casa que yo tenía en Villajoyosa, que me pagó en mil duros al contado.

¿Que se hicieron aquellas pobres criaturas vendidas en París? No lo sé. ¡Oh, hombres civilizados cristianos! ¿Queréis aún conquistar á Constantinopla porque se venden allí las mujeres? Prefiero el serrallo de ley al tráfico infame de la luz civilizada, que permite sin protesta el celibato del clericalismo.

Casos como éste han ocurrido siempre, ocurren y ocurrirán mientras haya cien mil ó más solteros distribuidos por España, bien comidos, bien bebidos, bien descansados y con casi todo el día libre para pensar que son hijos de hembras, teniendo además por razón de oficio facilidades que el resto de

los mortales no tenemos para penetrar en la vida íntima de la mujer.

En este punto, son realmente los curas menos culpables que la Iglesia, pues sabiendo ésta que la castidad es imposible, mantiene el celibato, sin perjuicio de hacer la vista gorda sobre sus frecuentes, escandalosas é inevitables infracciones.

Pongámonos cada cual en el puesto del cura, y pensemos en lo que haríamos escuchando á una real moza en el confesionario, recibéndola en nuestra casa, ó yendo á la suya para arreglar asuntos de conciencia, ó en cualquiera otra de las mil circunstancias á que los asuntos religiosos se prestan.

Muchas veces, cuando reprendo cariñosamente á mis presbíteros por travesurillas de esta clase, no acierto á explicarme si es por ver si logro moralizarlos, ó si es por envidia, y me digo:

«¿Cuántas, pero cuántas veces, de ser yo cura, hubiera figurado por esta causa en las flores místicas que hubiera publicado otro!»

Y al decir esto, me abismo en delectaciones pecaminosas.

¡Ah! ¡quién comprende el corazón humano!

Á MI PATRIA

Si ser no puedes la inmortal matrona de rigida virtud y alma espartana, sé, cuando menos, la mujer romana que mata el deshonor en su persona.

Si no puedes ceñir rica corona, emblema de grandeza soberana, blande el puñal, y de Lucrecia gana la muerte que se admira y se pregona.

Si el infortunio doblegó tu frente, si torpe agravio mancilló tu seno, si te esclaviza la traición potente...

Con mano firme y corazón sereno, ó hiere tus entrañas inclemente, ó ahoga á tus verdugos en el cieno.

M. CASOS

UN MUERTO EN RIDÍCULO

El obispo de Oviedo ha dicho en un sermón de honras fúnebres, que el padre Zeferino falleció virgen á los 73 años.

Dificilillo de comprobar hubiera sido eso, aun en vida del interesado; pero, en fin, démoslo por seguro, para preguntarle al de Oviedo:

¿Es un mérito ser virgen? Pues que lo contraigan todos los mortales durante algún tiempo, y pronto quedará Dios suprimido; pues el día que desapareciese la raza humana del planeta, desaparecería de él la idea de Dios.

Podrá ser más ó menos discutible el que Dios haya creado al hombre; lo que no admite duda ni réplica es que el hombre ha creado á Dios. Y suprimido el hombre en la tierra, adiós la idea de la divinidad.

Y véase por dónde el ser virgen puede conducir á

la anulación de Dios, amén de contravenir al más dulce, necesario y encantador de sus preceptos: *Creded y multiplicaos*.

Esto, sin preguntarle al obispo de Oviedo con qué derecho pone en ridículo á un muerto ilustre, ni qué tiene que ver el que fuera virgen ó no el padre Zeferino para figurar entre los españoles de valía.

Algo más derecho tendría yo para preguntarle al que elogia al padre Zeferino por ser virgen: «¿Y usted, lo es?» y me abstengo prudentemente, porque hay cosas de las cuales no deben hablar los hombres, aunque sean obispos.

¡Boca abajo toda la canalla proterva que niega los milagros!

Lean, lean la siguiente noticia, y avergüéncense de sus diatribas contra todo lo bueno, grande y santo:

«El 15 del actual se declaró un incendio en el local donde están instaladas las religiosas dominicas de Barcelona.»

Aunque el fuego fué sofocado inmediatamente, consumió las imágenes de la Concepción, Santo Domingo de Guzmán, Santa Catalina y otras varias esculturas y adornos del altar.»

¿Qué t. a. l. tal? ¡La mar de santos achicharrados! Vuelva la fe á los corazones de que huyó.

CONTRASTES



El cura rural servido por su mística pareja, al desabrido potaje acomete en pobre mesa. Ni golosinas de monjas, ni sustanciosas ofrendas de confesandas pudientes abastecen su despesa; y lo corto de su sueldo tan frugal le hace á la fuerza, que la carne pecadora no es en guisos, si le tienta.



En el ancho refectorio, y en torno de la amplia mesa de botellas y manjares completamente cubierta, por varios legos servida la comunidad se encuentra sin reposo devorando con devoción manifiesta. De la cocina española las más apreciables muestras los hornillos del convento á su apetito presentan, y aristócratas beatas y rezadoras burguesas con los primores le brindan de la cocina francesa. «Panza llena á Dios alaba» dice luego satisfecha la grey frailuna, y el pueblo que famélico bosteza: —¿Como se alaba—pregunta—á Dios con la boca llena?

RESPÉTENSE LOS TEMPLOS

Verificóse el día 16 en la iglesia del Pino (Barcelona), una función de desagravios por la consagración de su Señoría Ilustrísima el obispo protestante, Sr. Cabrera. (Y le llamo Señoría Ilustrísima, porque para mí tan obispo es como los demás).

Al regresar de la procesión que celebraron, un grupo de borregos alborotadores prorrumpió en vivas al Papa rey!

Inmediatamente otros concurrentes dieron vivas á Garibaldi!, y se armó la gran zambra. Ayes, desmayos, gritos, apóstrofes, en fin, un tumulto como los católicos los arman.

Avisada la policía, presentóse en el lugar del siniestro, y ¡aquí te quiero escopeta!, se armó una de silbidos que no parecía sino que el templo estaba lleno de serpientes de cascabel.

El grupo de los vivas al Papa rey! embistió á los agentes; éstos, con su jefe á la cabeza, le hicieron desalojar el redondel, (digo, la iglesia), pero se situó en la escalinata, dispuesto á cometer cualquier boricada, pues para eso eran católicos los que lo formaban.

La policía se vió por lo tanto obligada á disolver aquel grupo de fieles, deteniendo á cuatro hombres y dos mujeres. Los demás apelaron á la extratagema de la fuga.

Varios agentes resultaron con los uniformes destrozados, lo cual no es de extrañar bregando con cafres religiosos.

El gobernador interino, que se presentó á última hora en la plazuela, (digo, en el templo), puso después á los detenidos en libertad, á ruego de una comisión de carcatólicos.

¡Bravo! ¡Bien! Ya lo saben los clericales. Pueden convertir la iglesia en un gallinero, dar vivas subversivos, amenazar á los demás fieles, destrozar los uniformes de los guardias, que no por eso les ocurrirá nada, y si les prenden serán puestos en libertad.

Todo lo ocurrido me parece bien, menos que la policía entrara en la iglesia, profanación que no debe repetirse.

Cuando ocurra un tumulto en un templo, el deber de la autoridad se reduce sencillamente á cerrar las puertas, poniendo centinelas en ellas y al frente de las ventanas, para que ningún fiel intente abandonar la casa de Dios.

¡Que dentro gritan, se destrozan, se matan? Allá ellos. El Estado no debe inmiscuirse en las cosas de la Iglesia; á cada instante lo están repitiendo los obispos.

Después, cuando el tumulto se haya apaciguado, se abre la puerta, y que vayan saliendo los fieles uno á uno, registrándolos cuidadosamente por sí, distraídos, se hubieren alzado con algo. Los heridos que resulten á la Casa de socorro y los muertos al cementerio.

Se bendice la iglesia al día siguiente, se reanudan las ceremonias religiosas, se predica nuevamente humildad, resignación, perdón de las ofensas, y hasta otra.

¡Pero intervenir la policía en los templos! Esto es abusivo, atentatorio á la libertad de los fieles, hasta criminal.

Que sea, por lo tanto, la última vez que yo tenga que censurar esto.

UN CURA VALIENTE

Anastasio Lozano, vecino de Burguillos, se presentó á un cura para entablar el expediente de dispensa á fin de que se casara un hijo suyo.

Dijole el cura que le costaría unos 600 reales; replicóle él que no tenía aquella suma, por lo cual se vería obligado á recurrir al matrimonio civil.

¡Tal dijo? No había terminado la frase, cuando se vio cogido furiosamente por el cuello, y á no intervenir otra persona, allí da cuenta de la suya el humilde, manso y caritativo ministro del Señor.

Queriendo al día siguiente el Sr. Lozano reparar su agravio, el cura le suplicó, le rogó, y echóse á sus pies para que lo perdonara, confesando que su acto del día anterior había sido por acaloramiento.

¿Y lo perdonó el Sr. Lozano? Ya lo creo. ¡Como que no es cura!

No se fie, sin embargo, creyendo que el cura se habrá enmendado por eso. Si alguna otra vez tiene que tratar de algún asunto con él, vaya prevenido; y si la cosa se pone seria, madrugue un poco, que al que madruga Dios le ayuda.

Y sobre todo, nada de tacañería; dé en lugar de recibir, sean bofetadas, sean palos; que nunca estuvo reñido lo generoso con lo prudente. Lo que no debe dar nunca es dinero.

CLÉRIGOS Y PASTORES

Leo en un periódico clerical:

«En el protestantismo y del protestantismo viven: Cabrera, apóstata; Tornos, apóstata; Sala, apóstata; Palomares, apóstata; Rialp, apóstata; etc., etc. Todos estos apóstatas viven hoy con sus respectivas mujeres.»

Peor sería que viviesen con las de otros, como tantos curas católicos.

Lo que no entiendo es, si efectivamente á esos pastores (creo que se llaman así) protestantes les da el naípe por las mujeres (que no es mal naípe sino muy bueno,) cómo diablos se fueron del catolicismo; porque ¡cuidado si se presta el catolicismo para hacer horrores en sentido mujeriego!

Y sin los inconvenientes que tendrían hoy si les diese por comer de la fruta del cercado ageno: porque ¡buena la armaría la señora presbitera, o como se llame la mujer del clérigo protestante! Por lo celosas que son las amas de cura, calculo cómo serán esas ciudadanas.

Así, hay que convenir en que si esos que dejaron el catolicismo para buscarse el *marro* en el protestantismo, vive cada uno con sus mujeres, no han sabido lo que se han hecho si es que les gustan los descendientes de la hermosa cuanto frágil mamaita Eva.

QUIERO SER FRAILE

Yo soy lo más vago
que nació de madre;
súdo al pensar sólo
que haya quien trabaje;
el ocio me encanta,
la holganza me atrae...

Indudablemente me llama el convento;
yo quiero ser fraile.

Yo soy un sujeto
de cortos alcances,
de rudo cacumen,
de toscos modales,
de educación nula,
de groseras frases...

Indudablemente me llama el convento;
yo quiero ser fraile.

Soy sucio hasta el colmo
de las suciedades;
tengo hecha promesa
de nunca lavarme;
miro la aljofaina
con odio implacable...

Indudablemente me llama el convento;
yo quiero ser fraile.

Me gustan las mozas,
me gusta embriagarme;
amo con delirio
los buenos manjares;
aprensión no tengo,
pido á Cristo padre...

Indudablemente me llama el convento;
yo debo ser fraile.

UN ASPIRANTE.

Comentando la noticia de que en el dique de la Compañía Trasatlántica de Cádiz se verificará en breve un gran festival, en el que se dará lectura á la carta que el marqués de Comillas ha escrito á los obreros de dicha factoría, contestando al mensaje de gratitud que le dirigieron, dice *El Ejército Español*:

«Proponemos que en esa reunión se lean las cartas de los jefes y oficiales procedentes de Ultramar y que se ven explotados por la Compañía Trasatlántica, merced á un contrato inicuo.

La carta del marqués tendrá que leer.

Pero lo que le dijeran los jefes y oficiales referidos, no se quedaría atrás, seguramente.»

Desde luego lo creemos así, pero no es necesario para que el público sepa á qué atenerse en el asunto, y no diga parodiando la copla popular:

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
virtudes de beatos
todas son falsas.

Al revés de muchos, me preocupa muy poco el que se introduzca en la enseñanza la asignatura de religión.

Mientras, á la par que ella, aprendan los jóvenes astronomía, geología, química, física, etc., etc., poco hay que temer: éstas les harán comprender la inutilidad de aquella.

Aparte de que todas las religiones pierden mucho

al ser estudiadas, y que únicamente ofrecen algún peligro cuando penetran en los cerebros de los mortales de baja extracción que no piensan ni raciocinan nunca.

Sin olvidarnos tampoco de que, desde el mismo instante que el estudio de la religión fuese obligatorio, habría quien se resistiera á hacerlo, y también quien se impondría como un deber de conciencia el combatirla.

Por todas estas razones, lo repito, no me preocupa este asunto ni poco ni mucho.

No me he explicado nunca por qué los curas quieren mal á El Motin. Se necesita haber nacido muchos años después que Salomón, como les ocurre á casi todos ellos, para querer tan mal á quien tanto deben.

Si la virtud del agradecimiento cupiese en sus pechos, deberían suscribirse todos á El Motin, (aunque fuese por bajo de cuerda, como ya lo hacen algunos) para compensarle en parte las ganancias que les proporciona.

Cuando alguna vez pienso en lo que les he hecho ganar, estoy casi por arrepentirme de haber fundado la sección de flores místicas.

Me hacen mucha gracia los periódicos neos cuando dicen que la propaganda del error es causa de los crímenes que en estos tiempos se cometen; porque ¿cómo es posible que el error pueda pelear en un país plagado de personas encargadas exclusivamente de predicar y defender la verdad?

Mientras el pueblo vea que el cura pide y no da; que habla de abstinencias que no practica; que recomienda el trabajo y huelga, no habrá medio humano de convencerle de que la religión sirve para algo más que para hacer fácil y cómoda la vida del cura.

Un periódico alemán da cuenta de una huelga de feligreses ocurrida en un pueblecillo del alto Rhin, provocada por la codicia del párroco, que dispuso cobrar las sillas á los que asistían á misa.

Los devotos, ante lo caro del espectáculo, se llamaron andana, y fueron á los pueblos inmediatos donde se lo daban gratis, hasta que, cediendo en sus pretensiones el místico burgués, volvieron los huelgistas á la piadosa tarea, pero sentaditos de valde.

De cundir el ejemplo, á fuerza de huelgas bajará el precio de misas, bautizos, bodas y entierros y van á tener que cerrar sus establecimientos los fabricantes de la salvación, si, imitando á su colega el alemán, no abaratan el género.

Un periódico extraña que se trabaje los domingos en las obras de las Cibeles, dadas las circunstancias que concurren en el alcalde de Madrid, y cree que habrán existido poderosas razones para ello.

¡Claro! Sin razones muy poderosas no se comprende que se consienta al obrero ganar en domingo el pan para su familia, en vez de dedicar el día religiosamente á la holganza.

Iba el hombre guiando una yunta de bueyes en la Felguera, pasó un entierro, no se descubrió, y el cura le dió de bofetadas.

Bien hecho: el guiar bueyes no autoriza á prescindir de la educación; el guiar borregos, sí.

Por esto el cura, que guiaba á los de su feligresía, cometió aquella brutalidad.

Hace pocos días fueron sorprendidos cuatro ladrones al ir á hacer un escalo, ocupándoseles una pistola, un cuchillo y un crucifijo.

¡Pobre Cristo! ¡Ni en vida ni en muerte puede salir de entre ladrones!

Una explosión de grisú ha arrebatado la vida á cincuenta hombres en las minas de Saint-Etienne.

Muertos aquí por el fuego y achicharrándose ahora en el infierno por haber muerto sin confesión!

¡Qué suerte la de algunas personas!

En varios sitios próximos á Badajoz han perecido de frío y hambre dos trabajadores.

Pero ningún fraile.

BIBLIOGRAFIA

Se ha puesto á la venta al precio de una peseta el *Almanaque de La Esquella de la Torratxa*, editado por el Sr. López en Barcelona. Con numerosísimos y artísticos grabados, variada y amena lectura en dialecto catalán, y esmeradísima impresión, el libro es de lo mejor en su clase y resulta de una baratatura inverosímil.

Almanaque de La Irradiación para 1895. Cincuenta céntimos.

Bajo todos aspectos es interesante la curiosa colección de escritos que inserta este Almanaque debidas á la pluma de tan repetidos autores como el conocido Flammarion del cual y con el título «Nuestro Planeta» hay un interesante estudio astronómico y geológico. Las firmas de Figuier, Victor Hugo, Wallace, Karr, etc., constituyen el mejor elogio del librito publicado por *La Irradiación*, que también incluye las leyes de reunión, imprenta y asociación uniendo lo agradable á lo útil en la vida práctica.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.